



Leonora

ELENA PONIATOWSKA

Premio Biblioteca Breve

Seix Barral, 2011. 508 páginas, 21 euros

Leonora Carrington (Lancashire, 1917) concibió su vida como un manual de desobediencia. Predestinada a los ritos de la alta burguesía industrial, un prematuro inconformismo resolvió que deambulara por el París de las vanguardias históricas, se enamorará de Max Ernst, participara en la resistencia antifascista, se extraviara en las oscuras aguas de la depresión, lograra evadirse de un manicomio en la España franquista, triunfara como artista en Nueva York y encontrara la estabilidad en México, donde pudo disfrutar del reconocimiento reservado a las leyendas. Elena Poniatowska (París, 1932) ha obtenido el premio Biblioteca Breve por relatar su peripecia. *Leonora* es una novela que nos hace recordar con nostalgia el *boom* de la literatura latinoamericana, cuando el español recobró el aliento poético y el sentido narrativo que había perdido en la áspera postguerra.

Poniatowska posee un estilo de enorme calidad poética, pero sin esa tendencia al lirismo gratuito que resulta tan irritante en los imitadores de García Márquez. Nos deslumbra desde las primeras páginas, cuando compara un plato de avena con el lago Windermere. Desde niña, Leonora es rebelde y fantasiosa. Su resistencia a comerse la sopa se deshace cuando su niñera le asegura que tiene ante los ojos el lago más grande y hermoso de Inglaterra. La imaginación de Leonora hará el resto: escucha el sonido del agua y descubre la cresta de las olas avanzando hacia la orilla. Leonora no muestra mucho interés por pertenecer al género humano. Preferiría ser un caballo o un delfín. Embriagada de vida, experimenta visiones y no oculta su antipatía hacia su padre, donde aprecia la arrogancia del poder. La rebelión contra el Padre no se agotará con la ruptura de los vínculos familiares. Su breve paso por un in-

ternado de monjas no apaciguará su ansia de libertad. Expulsada del colegio, su padre ordena quemar a Tártaro, un balancín con forma de caballo. Mientras arde, Leonora grita: "No es un juguete. Tártaro soy yo". Años más tarde, la pintura de Ernst le enseñará que la realidad es una trama de analogías. Todo está enlazado, todo se transforma, la identidad es una impostura. Leonora descubrirá el inconsciente, el psicoanálisis, el erotismo. Ernst le sugiere que pinte lo imposible y ejerce de Pigmalión. Se convierten en amantes, pese a los 26 años de diferencia. En su romance, Leonora no establece ningún límite racional. Ambos han roto con la burguesía y sólo creen en la libertad. La guerra introduce un elemento imprevisto, separándolos. Leonora enloquece y acaba en un hospital psiquiátrico de Santander. Su fuga adquiere un carácter fantasmagórico. Leonora cree que puede matar a Hitler con su imaginación. Cuando se reencuentre con Ernst, se ha casado con Peggy Guggenheim.

La experiencia del exilio marcará un cambio de rumbo en su concepción de la pintura. "Tengo que borrar todo lo aprendido y eliminar las viejas fórmulas". Leonora se reinventa como artista y empieza a fantasear con la muerte. Sueña con su propio cadáver, pero no se deja seducir por el suicidio: "Jamás pensaría en matarme. Tengo demasiada curiosidad por lo que va a suceder mañana". Como pintora no se desvía de sus visiones infantiles. Las gacelas se transforman en centauros, las serpientes bailan alrededor del árbol del Bien y del Mal. La vejez no ha menoscabado su rebeldía ni su creatividad. Aún se siente diferente, espantosamente incomprendida. Su estancia en Nueva York y México significó nuevas relaciones, nuevos afectos, pero la infancia sigue actuando como fuente de inspiración. Leonora aún cree posible escapar del mundo a lomos de un gigantesco pez. Al igual que Canetti, no le molesta la idea de la inmortalidad. Tal vez nos sorprenda a todos con un último gesto de desobediencia. Tal vez Leonora siga aquí, cuando todos hayamos desaparecido. Será el último capítulo de un libro que no podremos leer.

RAFAEL NARBONA